

A las 9 de la mañana dejó de respirar.

Lo hizo lentamente, sin sobresaltos. Sus últimas exhalaciones habían sido casi imperceptibles, su pecho apenas se movió, espaciadamente latió su corazón y la sangre dio las últimas vueltas a ese cuerpo golpeado por la vida, dejándolo finalmente en paz.

El movimiento de todos los días en el Hospice San Camilo había empezado dos horas antes, con la salida del sol habían llegado los voluntarios del turno mañana de los viernes. En el primer piso de la casa, en un living que funciona como enfermería, Socorro conversaba, con voz calmada, con las enfermeras Marcela y Delfina. Hablaban del estado de algunos de los huéspedes, de sus sentimientos, de lo que dijeron. Las nueve camas de la casa estaban ocupadas ese día. Florencia de tan solo 21 años recorría las habitaciones saludando a los huéspedes. Los demás voluntarios preparaban el desayuno en la cocina o realizaban tareas de limpieza. Camilo, el gato de la casa, empezó a maullar fuerte. Socorro dejó de prestar atención a la conversación, escuchó el maullido inconsolable de Camilo y vio salir a Florencia de la habitación con esa mirada que ya conocía, suspiró.

Ese 25 de agosto, había una doble energía conviviendo en la casa. Por un lado, la pesadez de ver partir a alguien que compartió seis meses la casa, una cantidad de tiempo muy grande sabiendo que el promedio es de tan solo 24 días. Por otro, un aire renovador del trabajo y amor que se vive con desapego todos los días. Los voluntarios y las enfermeras hablaban, en voz baja, risueñamente, se sonreían, se abrazaban, por momentos se quedaban en un silencio contemplativo y reanudaban sus tareas con calma. La casa seguía funcionando, la casa estaba llena de vida, el luto no era una expresión física sino algo mucho más difícil de explicar.

Entre las cosas de Mónica que se iban llevando para donar, había una caja de zapatos que en marcador negro decía: “Para el que quiera”, Socorro chequeaba las fichas de los próximos huéspedes. La cama ya estaba disponible para que venga el próximo a vivir sus últimos días.

\*\*\*

Suena el teléfono, atiende y escucha una voz desesperada, intenta calmarla. La voz del otro lado no sabe qué hacer con su madre, dicen que en el hospital no la van a atender más, pero está muy enferma como para poder tenerla en la casa. Socorro sabe que un ACV es una situación complicada para ingresar a la casa, tienen un pronóstico incierto y el cuidado Hospice se basa en el final de vida, con pronósticos claros (o casi). De todas maneras le explica que no se preocupe, que del hospital no la pueden sacar y le promete asesoramiento y ayuda. Corta la llamada, avisa que va a llegar atrasada y se sienta en la computadora a escribir sobre el recurso de amparo que tendrá que realizar la señora.

Al terminar el mail se pone su delantal azul de bolsillos verdes, se acomoda el pelo y sale.

A las 10:30hs entra al Hospice saludando a todos los que se va cruzando. Se sienta en la cocina, conversa con las enfermeras y algunos de los voluntarios que toman el café de la mañana:

La situación de Carlos es delicada, es un huésped que esta hace 18 días, hay que darle su espacio y preguntarle con cuidado para poder trabajar.

A Claudia hay que tratar de no intervenirla contándole problemas propios, se encuentra sobrepasada de emociones los últimos días.

El rápido café se termina y con una sonrisa pregunta al levantarse:

-¿Alguna de ustedes no fue nunca a visitar pacientes al hospital y quiere acompañarme?

-Yo quiero y nunca fui. Responde Mechi levantando la mano, es voluntaria hace ocho meses.

Antes de salir se detiene en la puerta de una de las habitaciones, un huésped está acompañado por una voluntaria junto a su cama. Agoniza medio retorcido entre sueños, es puro huesos, respira muy trabajosamente, las costillas marcadas suben y se desploman cada tres segundos. Ella suspira y reanuda su camino, al salir a la calle se encuentra con un señor que baja de una camioneta. Trae medicamentos para donar, su cuñada había sido huésped. Socorro ayuda a bajar unas cuantas bolsas y deja al señor con una voluntaria.

En el camino al Hospital Vicente López le va contando a Mechi sobre los pacientes que van a ver: Luis Olmedo, un posible huésped y el señor Calderón que lo suelen acompañar pero no está en las posibilidades del Hospice (todavía). Algún auto pasa, es uno de los primeros días calurosos de noviembre, el sol pega fuerte, son las 11:53hs.

\*\*\*

Socorro es voluntaria hace cuatro años y con el tiempo fue tomando más responsabilidades, hoy coordina los ingresos a la casa, forma a los voluntarios, asiste pacientes dentro y fuera del Hospice, es participante activa de congresos sobre los cuidados paliativos y tiene una formación en continuo crecimiento. Suelen preguntarle por su nombre y ella cuenta siempre la misma anécdota una tarde en el hospital de San Fernando:

Entran en la sala de oncológicos y se acercan a un hombre enfermo en un colchón en el suelo y sin sabanas. Él las ve entrar y vuelve a sumergirse en sus pensamientos.

-Buenos días, ¿usted es José Solitario?

-Sí, así como me ven.

-Nosotras somos Ángeles y Socorro.

José levanta la vista y vuelve a observarlas detenidamente.

-¿Vos me estás jodiendo? Responde.

\*\*\*

Cinco camas se extienden de cada lado de la habitación. Algunos pacientes duermen, otros miran perdidos el techo o hablan entre ellos. El de la 205 ve entrar a las dos mujeres de delantales azules y acercarse hacia el fondo donde

él se encuentra. Está por saludarlas cuando ve que se detienen en la cama junto a la suya. Las ve contemplar al paciente dormido, como abrazándolo con la mirada, no dicen nada y por unos cuantos segundos ni siquiera se mueven hasta que una de ellas gira la cabeza hacia él.

-Hola ¿Cómo estás? ¿Sabés si él es Luis Olmedo?

Explica que sí, que está muy perdido y que trata de escaparse cada vez que se despierta. Luis está en posición fetal, por debajo hay una zalea descartable y tiene sus muñecas atadas con gasas a las barandas de la cama.

-¿Cómo te llamas? ¿Cómo te sentís?

Responde que más o menos y se llama Diego.

-Mucho gusto Diego, ¿qué te pasó?

Está esperando que lleguen insumos para que le operen la pierna que tiene totalmente destruida, no puede ver a sus hijas y anda solo. La conversación se mezcla con la respiración agitada de Luis que sigue sin despertar.

Esa misma tarde, después de volver del hospital, Diego formaría parte del comunicado de las visitas del Hospice y comenzaría a ser acompañado y asistido por los voluntarios.

\*\*\*

14:00hs, la vorágine del cambio de turno renueva la energía de la casa, los que llegan se saludan con los que salen, las enfermeras bajan a la cocina para almorzar y las anécdotas de la calle se entrelazan con las de adentro. Socorro conversa con todos, toma otro vaso de agua, se calienta una sopa que sobró del almuerzo de la casa y se sienta en la mesa de la cocina. Por un momento todo parece silenciarse en ella, la cuchara sube y baja, su ojos están clavados en el vacío. Solo dura unos instantes esa paz infinita. Se reúnen los voluntarios en la cocina para hablar sobre las diferentes tareas del día, la charla que se dará el fin de semana sobre cuidado Hospice para la comunidad y ella, como una maestra informal, les recomienda a todos una lectura para la semana: La terapia de la dignidad de Chochinov, Todos apuntan en sus celulares: CHO-CHI-NOV con V corta al final.

15:20hs. Es hora de volver a la vida de afuera, como todo el resto de la gente. Buscar a sus hijos a la escuela, esperar que su marido Nacho vuelva de trabajar, leer un buen libro y descansar. Mañana será otro día más en el Hospice San Camilo.

\*\*\*

Abrió los ojos despacio, parpadeó varias veces tratando de adaptarse al exceso de luz. Había algunos trazos de sueños que se pintaban en las paredes blancas de la habitación: como por ejemplo un día soleado, con esos cielos diáfanos y celestes, ella despidiéndose tranquila. Entre esos sueños que se entrelazaban en esa habitación blanquísima vio a su madre entrar en cuadro, hablaba entre lágrimas, Socorro no la entendió al principio, quiso hablar pero se detuvo al sentir su boca extraña.

-Tuvieron un accidente, estuviste en coma... Pilar falleció.

-Ya se mamá, no te preocupes. Pilar está muy bien.

Su madre estalló en llanto.

Los recuerdos la envolvieron mientras percibía poco a poco su cuerpo:

Un día gris y lluvioso en una ruta de tierra cerca de Mar del Sur, campo de ambos lados de la ruta, el cielo completamente encapotado... Su ojo izquierdo le molestaba... sus hijos Agustín y Marcos en los asientos de atrás, Nacho manejando, Pilar en su pecho amamantándose... El hombro no lo sentía correctamente... 8 de enero, mañana era el cumpleaños de Agustín... Un dolor punzante en la cadera y las piernas... Un auto adelante dando la vuelta en U, Nacho intentando frenar... Sentía una enorme presión en el pecho al respirar.

Quedaban dos años de recuperaciones y cirugías para intentar ser como antes, pero no iba a ser nunca como antes. Quedaban dos años de introspección y pensamientos para crecer y cambiar. Dos años de darse cuenta que la muerte era realmente parte de la vida y que ese momento vivido la llevaría mucho después a formar parte de los pocos que promueven y realizan el cuidado Hospice. Dos años de proceso mental, físico y espiritual, readaptando el habla, el caminar y sobre todo el alma.

Hospice San Camilo, noviembre 2018.

Iván Deiana